

DON JOSÉ TORIBIO MEDINA (*)

Por RICARDO ROJAS

Apenas llegado a Santiago, pregunté por don José Toribio Medina, con quien mantenía correspondencia desde años atrás, y en la Biblioteca Nacional me informaron que estaba pasando fuera de la capital sus vacaciones veraniegas. Esta ausencia me contrarió, porque deseaba conocerlo personalmente. Hombre representativo de la cultura chilena, su figura hacía falta para mi repertorio de viajero.

El poeta y profesor don Julio Vicuña Cifuentes, mi amigo muy cortés y prologuista de una obra de don José Toribio sobre Cervantes, vino a mi hotel, trayéndome este amable mensaje:

— Dice Medina que lamenta no estar en Santiago para atenderlo personalmente como Vd. se lo merece; pero que si Vd. quiera pasar un día de campo en La Cartuja, allá lo espera el día que Vd. señale.

Vicuña Cifuentes explicó el mensaje:

La Cartuja es una linda chacra del señor Medina, donde su dueño pasa la mitad del año y el resto en Santiago. En aquel sitio de intencionado nombre y de apacible belleza, hay una viña, un río y una silenciosa casa entre los árboles. Para

*) Don Ricardo Rojas estuvo en Chile el año 1922, cuando desempeñaba el decanato de nuestra Facultad, siendo allí objeto de múltiples atenciones. Anotó algunas impresiones de su viaje en un cuaderno intitulado *Gentes y paisajes de Chile*. A dicho apúsculo pertenece el capítulo inédito que ha cedido a *Verbum* como una primicia. Don José Toribio Medina, el erudito chileno que suele ser citado en nuestras cátedras, aparece en esta página con un gesto de humana simpatía. El señor Medina falleció últimamente, y esta silueta fué escrita a raíz de la entrevista en La Cartuja. — *N. de la D.*

ir a La Cartuja se toma el ferrocarril del Sur en La Alameda y se desciende en San Francisco del Mostazal.

Hice lo que se me había indicado y tras una hora de viaje matinal, por entre ásperos cerros y viñas lozanas, llegué a la estación de San Francisco, ansioso por conocer al chileno ilustre, que es hoy patriarca de la historia chilena. Don José Toribio debía esperarme en el andén; pero como no viese yo entre la gente a ningún anciano de barba blanca, según me lo figuraba al huésped, me acerqué al jefe de la estación y le dirigí esta pregunta:

— ¿No ha visto Vd. a don José Toribio Medina?

— Ahí le tiene Vd. — y señaló a un caballero que venía siguiéndome los pasos.

El caballero que se acerca y que me saluda con los brazos abiertos, es un hombre bajo, de movimientos juveniles. Viste saco gris y chambergo de breves alas; en la mano ágil, un bastón de guíndo; en la nariz aguileña, grandes lentes de arco dorado. La barba en perilla, que acaso fué rubia, apenas empieza a encanecer; el espeso bigote sombrea en la ancha boca una sonrisa sutil de expresión tan juguetona como los ojos vivaces. Tal es don José Toribio Medina, el septuagenario bibliófilo de Chile, famoso en todas las Américas.

Medina es, efectivamente, un hombre famoso en ambas Américas por sus estudios históricos. En medio siglo de constante labor, ha dado a luz tantas obras, que constituye un extraordinario caso de fecundidad editorial. Treinta volúmenes de documentos para la historia de Chile, otros tantos de los primitivos cronistas, muchos más sobre la Inquisición y la bibliografía hispanoamericanas, incluyendo algunos textos literarios de la colonia, suman holgadamente cien volúmenes publicados bajo su nombre. No es Medina historiador que descuelle por la fantasía evocadora o por la magia del estilo, sino investigador concienzudo y obrero infatigable, que al divulgar las fuentes documentales de España y América, ha servido como pocos a la historia de nuestros pueblos. El gobierno de su patria lo ayudó en la empresa; viajó hasta Lima, Buenos Aires, Madrid, Méjico, Londres y Sevilla; espurgó todos los archivos; formó una biblioteca de libros raros; tuvo imprenta propia en su casa, y aún restan copias para trescien-

tos nuevos tomos que, por diversas razones, han quedado sin salir a publicidad. Al margen de esta labor minuciosa, ha escrito libros como *La Historia de la Literatura Colonial en Chile*, que lo han llevado, siguiendo el rastro de Ercilla, a inquirir problemas de historia literaria española; pero estos trabajos, lo mismo que sus numerosas monografías, concurren a definirlo, principalmente, como erudito bibliógrafo y archivistista incomparable. Por todo esto, al oír el nombre de Medina, o al utilizar en Buenos Aires sus libros para mis propias tareas, no podía imaginarlo sino en medio de sus infolios, como un viejo huraño, ajeno a las amenidades del mundo y de la actualidad. Grande fué mi sorpresa cuando en La Cartuja me encontré con que el presunto monje era un hombre jovial, sensible a la naturaleza y a los encantos de la vida. Nada hallé en su figura, del legendario polvo de los archivos.

Después de los saludos y las primeras confidencias, fuimos caminando hacia La Cartuja, que linda con la estación. Era una deliciosa mañana de febrero: flotaban los aromas del campo; aparecían no lejos las montañas. Así llegamos a la casa del fundo, en cuyo portal esperaba, gentilísima, la señora de Medina, misia Mercedes Ibáñez Rondizzoni, hija de un diplomático que fué amigo de don Félix Frías y nieta de un general que fué amigo de San Martín. Aquella mujer, toda ella vibrante de sensibilidad y de ingenio, ha sido la abnegada compañera de su esposo en trabajos y peregrinaciones. Ella lo acompañó hasta en sus noches de Puebla de los Ángeles en Méjico o de la triste Simancas en España: más de una vez con lámparas escasas, lo ayudó en copias de archivos y pruebas de imprenta. Dama de virtud y de alcurnia, ella pone en su hogar, sobre la vida del amigo, esa dorada ternura que embellece las tardes en el otoño.

Mientras llegaba la hora del almuerzo, Medina me invita a caminar por el parque de La Cartuja.

Los altos árboles crecen desde la escalinata de la casa, en rústico desorden, hasta la ribera de un río que baja del cerro próximo y limita el pequeño fundo. El propietario sabe la historia de sus árboles, y él me la va contando, con emoción virgiliana: ésta es una encina que parece centenaria, pero que solo tiene veinte años; aquel eucaliptus, caído en la ribe-

ra, se lo volteó el río en una violenta crecida; aquello que se ve más lejos, es la planta del canelo, que los araucanos tenían por árbol sagrado. Así llegamos a un abrilla sombreada, en cuyo espacio había un banco de madera:

— Aquí suelo venir para mis lecturas, dice el sabio, y me invita a sentarnos.

Sentados, oíamos entre los follajes el vuelo y el canto de los pájaros. Por entre los claros del bosque, se ve un poco de río, un poco de montaña, y un poco de cielo azul, resplandeciente. En el silencio del campo chileno, hablamos sobre cosas de Chile: el origen de las familias locales y el cambio de las costumbres; el manto y la queda antiguas; los tangos y mallas, que yo venía de ver en Viña del Mar. Al azar de este diálogo, percibí en el espíritu del septuagenario, su riqueza vital, su picaresca tolerancia, su malicia burlona; frescas a pesar de los años y del estudio.

Las hojas de los árboles sonaban en torno con rumor menos seco del que suelen tener, bajo la mano estudiosa, las hojas de los archivos. . .

Nos habíamos parado para volver a la casa, porque era ya mediodía, cuando don José Toribio, señalando con la mano hacia un cercano monte, me dijo:

— Allá queda el fundo donde escribió Xufre del Aguila.

Melchor Xufre del Aguila, gentil hombre de lanza por cédula de Felipe II y autor del *Compendio historial*, poema impreso en Lima el año 1630, es uno de aquellos capitanes poetas que vinieron a Chile durante el siglo XVI. Medina lo ha estudiado en su *Literatura colonial de Chile*, juntamente con Ercilla, Oña y Alvarez de Toledo. Esta fué la única alusión erudita que hubo en nuestra conversación de la mañana; pero esa alusión nos llegó del paisaje, no de la historia. Con la limpia emoción del campo y con el más desembozado apetito, volvimos a la casa, para sentarnos a la mesa muy luego.

El almuerzo trascurrió entre sabrosos platos y temas amables. Desde la cazuela de gallina, hasta el melón perfumado y el vino de la viña doméstica, todo era producto de La Cartuja, y a fe que todo tenía el más grato sabor. Yo elogí las frutas y el vino de la casa con fuerte dejo de uva. Don José Toribio asentía a aquellos sufragios con tanto orgullo como

si habláramos de sus libros, pues me pareció que amaba por igual su biblioteca y su huerto.

Con los temas epircúreos, alternaban los temas platónicos: recuerdos de cuando el anfitrión fué Auditor en Tarapacá, durante la guerra del Perú; de cuando fué secretario de la Legación de Chile, en Madrid; de cuando vino emigrado a Buenos Aires, después de la revolución contra Balmaceda. Los recuerdos argentinos animaron del todo la conversación: la primera vista que el emigrado chileno había recibido en Buenos Aires, fué la del general Mitre; y luego Medina se hizo habitual en la casa de la calle San Martín, porque Mitre puso a su disposición sus papeles. Era el tiempo en que para distraer los ocios del destierro, trabajó su *Bibliografía de la imprenta en el Río de la Plata*, monumental obra lujosamente impresa en los talleres del Museo de La Plata, donde la acogió tan amistosamente don Francisco Moreno. Años más tarde, siendo nuestro perito de límites, Moreno frecuentó la casa de Medina en Santiago. Al llegar a este punto, comentó la señora:

— Yo puedo decir que en mi casa se contribuyó a preparar una solución pacífica de nuestro pleito. Recuerdo que cierto día, Moreno, desesperado, exclamaba: « ¿Cómo vamos a permitir que los rotos se maten con los gauchos? ». Nosotros conseguimos que el presidente Errázuriz tuviese en casa, a altas horas de la noche, una conferencia secreta con Moreno, que desvió el rumbo de las cosas en favor de la paz.

Con estas fraternales evocaciones finalizó la mesa, y cuando pasamos a otro salón, donde había billar, don José Toribio me desafió a una partida, que el dueño de casa ganó por un tanto, no porque él sea tan buen jugador como es excelente bibliófilo, sino porque soy adversario fácil y porque yo atendía más a la conversación que a las jugadas. Otras eran las carambolas que hacíamos, pues él me preguntaba por mis colegas argentinos y yo me desquitaba preguntándole por sus colegas chilenos. Su inquieta curiosidad picaba en mí para rebotar como por tabla en tales nombres; y aquello resultó una amena charla, más por la travesura de las preguntas, que por la maledicencia de las respuestas. . .

Después del billar, hicimos un aparte en la sala de trabajo,

donde por fin se me descubrió el hombre de estudio. Los temas graves, vinieron por sí solos a la conversación. Me preguntó por mis obras y luego habló de las suyas:

— Paso aquí en La Cartuja la mitad del año, y para distraer mis ocios de labriego, algo trabajo en cosas intelectuales. Tengo ahora entre manos varias obras, casi todas concluidas: una sobre las mujeres escritoras que ha habido en Chile; otra, una bibliografía de anónimos y seudónimos americanos; otra sobre Cervantes en América.

Como al nombrar a Cervantes, le aviso que versará sobre él mi curso de este año en la Facultad de Letras, se levanta y vuelve trayéndome en obsequio *El disfrazado autor del Quijote*, libro que publicó en 1918 y en el cual sostiene que el autor del falso Quijote fué Fray Alonso Fernández; candidatura ingeniosamente sostenida por Medina, después de las muchas imaginaciones y descabros a que ha dado lugar este « enigma literario » que tan caro costó a cierto escritor bajo la férula de Menéndez y Pelayo. José Toribio Medina es también autor de una obra en que averigua la paternidad de *La tía Fingida*, argumentando en favor de Cervantes. A estas recientes incursiones en la literatura española, han de agregarse otros títulos nuevos: un estudio sobre la historia de América como fuente del teatro español, a propósito de dos comedias y un auto sacramental basados principalmente en la *Araucana*, y un ensayo sobre el *Carlo Famoso*, de Luis Zapata, como primer poema que trata del descubrimiento de América. Parece lógico que quien publicó en 1879 su *Historia de la Literatura Colonial de Chile* y quien se adentró en los archivos españoles buscando las fuentes de la historia chilena, extendiera más tarde su curiosidad a la historia de los otros pueblos americanos y a los contemporáneos de Ercilla en la Península; pero sorprende verlo a los setenta años de edad, después de cuarenta de labor continua, remover, con inquietud juvenil, temas que se hubieran creído ajenos a su simpatía y que aborda sin abandonar los de su primera época, los que directamente interesan a la bibliografía chilena. A esta última especie pertenecen los opúsculos con que también me obsequió: un estudio sobre *El Vesauvo*, poema inédito de Pedro de Oña; una noticia sobre José Antonio de Rojas, nacido en Mendoza el año

1728, precursor de la independencia americana; la publicación del poema latino del padre Gabriel Gossart, *Imago Vechiana*, con el texto original y la versión castellana por Emilio Vaisse; y finalmente la edición crítica del *Arauco Domado*, de Pedro de Oña, poeta chileno del primer siglo colonial.

Es imposible escribir sobre Ercilla, Valdivia, Aguirre, sobre la conquista de Chile, sobre la sociedad del siglo XVIII, sobre bibliografía colonial hispanoamericana, sobre la Inquisición en el Nuevo Mundo, sobre la cultura de América, sin recurrir a las fuentes por Medina impresas o por él comentadas. Patriarca de la historia de Chile le he llamado, y a fe que lo merece por su longevidad y su vasta obra.

Medina, además, cursó estudios jurídicos y fué autodidacta en ciencias naturales; tradujo en sus mocedades la *Evangelina* de Longfellow; investigó problemas de folklore y de etnografía; mantuvo amistad en España con escritores como Campoamor, Núñez de Arce y Menéndez y Pelayo; frecuentó en Londres a don Pascual de Gayangos y en España a personas como el Duque de Tiserclaes; todo lo cual indica la complejidad de sus gustos y aptitudes. Pero lo que hace de él una figura singular, es la magnitud de sus investigaciones. Entró en ellas con la prolijidad de un Cotarelo y el amor de un Rodríguez Marín, hasta ser un bibliógrafo y un erudito digno de la tradición de sus grandes predecesores del siglo de oro.

La tarde empezaba a caer, cuando salí de La Cartuja hacia la estación de San Francisco del Mostazal para regresar a Santiago: Medina me acompañaba con un paquete de libros, la señora con un cestillo de frutas. Con tales obsequios me despedí de aquella noble pareja en el andén de la estación. Rodeábanos el paisaje que siglos antes vieran los ojos de Ercilla, de Xufre del Aguila, de Pedro de Oña —primeros escritores de Chile—, que son para don José Toribio Medina, algo así como las sombras familiares que guiaron su vocación hasta convertirlo en un maestro de la comunidad hispanoamericana.